

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

MOISÈS, hecho ya grande

por Antoni Mendoza i Miralles

17

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003
Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)
correu-e: ecb.edicions@wanadoo.es
Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

«Por fe Moisés, hecho ya grande, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón; escogiendo antes ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar de comodidades temporales de pecado. Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los Egipcios; porque miraba á la remuneración».
(Hebreus 11:24-26).

Tras haber considerado la fe de los padres de Moisés, Amram i Jocabed, ahora se nos habla de tres momentos de la vida de Moisés en los que se presenta como un ejemplo de como vivir por la fe. Llama la atención que se nos presente más de una vez como ejemplo, aunque lo mismo sucedió con Abraham, del cual también se destacan tres momentos de su vida como ejemplos de una fe en acción. El hacernos fijar la atención de una manera repetida en la vida de uno de estos hombres de Dios, tiene como objetivo que aprendamos que la voluntad de Dios es que éste tipo de fe no sea un hecho aislado en nuestra vida, sino que llegue a ser una nota constante. Lo cual no desmerece que cada acto sea importante como ejemplo, y que glorifique a Dios.

El Nuevo Testamento nos presenta a Abraham como un punto de referencia, como padre, para aquellos que son de la fe (Gá 3:7, ver vv. 6 a 9). Pero también Moisés, por quien Dios dio la Ley a su pueblo Israel, se nos presenta como ejemplo de una vida de fe, y también de él se nos describen tres momentos de su vida que hemos de considerar de la perspectiva de la fe.

Por la fe Moisés, hecho ya grande...

Los hechos que hemos considerado en nuestra anterior meditación, sucedieron cuando Moisés nació. Los que ahora se nos presentan sucedieron cuando Moisés ya era grande, cuando tenía unos cuarenta años. La información que tenemos de los primeros cuarenta años de la vida de Moisés queda resumida en pocas palabras: fue criado en casa de sus padres, fue criado como hijo de la hija de Faraón (Éx 2:10 comp. Hch 7:21), “fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus dichos y hechos” (Hch 7:22). Dios silencia los hechos concretos que acontecieron en esos años, puesto que considera que no son relevante para aquellos que nos quiere hacer conocer, para aquello que nos quiere enseñar.

Nuevamente, Dios nos muestra a través de Moisés que no hemos de considerar tanto a los hombres y su vida, como a Dios y su manera de actuar en y a través de la vida de los hombres. Aunque Moisés nos es presentado como ejemplo, hemos de fijarnos en como éste hombre actuó hacia Dios, y la fe que demostró en Dios y en su Palabra.

En ocasiones, la vida de fe es considerada por muchos como una cosa de niños. De niños íbamos a las reuniones, leíamos la Biblia, escuchábamos las cosas de Dios y nos preocupaba actuar en conformidad a sus mandamientos e instrucciones. Puesto que cuando nos hicimos mayores, todo eso quedó... como cosas de niño. Cuántas personas, cuántos hijos de cristianos bíblicos, cuántos de aquellos que de pequeños vivieron entre las cosas de Dios cuándo de hicieron mayores lo dejaron todo y viven como si todo aquello no hubiera sucedido nunca.

Cuándo Moisés era pequeño, la Palabra nos habla de la fe de sus padres actuando en su favor; pero cuándo se hace mayor ya no se habla de la fe de sus padres, ahora Dios nos habla de la fe de aquel niño hecho hombre. Ha hecho suya la fe de sus padres, y ha llegado a ser una realidad viva en él, un hecho que condiciona toda su existencia.

Hacerse mayor es importante en la vida espiritual, es cuando podemos disfrutar y manifestar la fe en Dios y en su Palabra más intensamente, es una oportunidad para avanzar en la vida de fe y para hacer, por ella, grandes cosas para Dios.

¿Cuándo sucedió esto?

Lo primero que hemos estado haciendo, después de leer lo que se nos dice en Hebreos sobre el personaje que se nos presenta, ha sido buscar en el Antiguo Testamento el relato histórico del que se trata. Los que leemos en estos versículos, lo encontramos en el capítulo dos del libro del Éxodo (Éx 2:11-15). Pero leyendo el

relato histórico que encontramos en el Éxodo no acabamos de ver ningún acto de fe, más bien parece un acto de venganza, seguido de otro de cobardía.

Moisés tomó consciencia de su pueblo cuando se hizo mayor. Parece que siempre supo que era hebreo, pero que hubo un momento en que tomó consciencia de lo que significaba ser descendiente de Jacob, y formar parte del pueblo de Israel. ¿Había perdido el contacto directo con sus padres al estar en la corte de Faraón? Educado al más alto nivel entre la familia real de Egipto, ¿había incorporado aquella nueva identidad, y había olvidado la suya en parte? Tenemos muchas preguntas sobre los primeros cuarenta años de vida de Moisés, pero Dios no consideró conveniente dejarnos ningún registro, ni darnos ninguna respuesta a nuestras preguntas.

Cuando Moisés toma consciencia de que forma parte del pueblo de Israel, también descubre las duras circunstancias en la que viven sus hermanos, una servidumbre próxima a la esclavitud. Repentinamente, aunque no sería seguramente la primera vez que presenciaba un hecho como aquel, ver como un egipcio maltrataba a un hebreo, a uno de sus hermanos, hace que pase a la acción, y defendiendo al hebreo mata al egipcio. Lo mata y lo entierra, esperando que aquello no se sepa.

Pero aquel hecho cambiará su vida. Al día siguiente aquello ya era de dominio público, al menos entre los hebreos, lo que le hace temer que llegue a conocimiento de los egipcios en cualquier momento, y especialmente de la casa de Faraón. Aquel hecho le quitó autoridad moral delante de aquellos que quería defender. “Tuvo miedo”, dice Éxodo. Sus temores se confirmaron, y aquello llegó a oídos de Faraón, que decidió acabar con Moisés. La manera de actuar de Faraón evidencia que las relaciones entre ambos ya no iban bien.

Leyendo lo que dice Éxodo, nos preguntamos: ¿Dónde está lo que Pablo dice sobre Moisés? La descripción histórica de los hechos no evidencia, de entrada, ningún acto de fe. Pero Dios nos ha dejado otra descripción de los hechos, más tardía en el tiempo, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, de los hechos del Espíritu Santo a través de los Apóstoles. En Hechos encontramos una descripción de aquellos acontecimientos hecha por el primer mártir de la época de la Iglesia: Esteban. Dedicó una sección de su defensa-testimonio-predicación ante las autoridades judías (Hch 7:22-29) a hablar de dicho incidente. Esteban habla de la formación completa que Moisés recibió en la corte de Faraón. También dice que fue a los cuarenta años que sintió la necesidad de visitar a los suyos, y cuando acontecieron estos hechos.

La acción de Moisés, enfrentando al egipcio, es definida con estas palabras: “defendíole, e hiriendo al egipcio, vengó al injuriado”. Fue defendiendo al hebreo que hirió al egipcio, y como consecuencia de dicha herida fue que él murió. Esteban, lleno del Espíritu Santo (Hch 7:55), dijo que Moisés actuó con la consciencia que Dios quería liberar a los hebreos por medio de él, y creyendo que sus hermanos se darían cuenta, mediante aquella acción, que él era el instrumento que Dios había escogido para ello. No fue una reacción descontrolada, irritada, o sencillamente de ira. Moisés no quería matar al egipcio, éste murió como consecuencia de las heridas de la lucha.

Por la fe, Moisés... rehusó

Esteban, lleno del Espíritu Santo, y Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, nos interpretan autorizadamente los hechos históricos registrados por el mismo Moisés en el libro de Éxodo.

La primera cosa que dicen es que Moisés, a los cuarenta años, tuvo que tomar una decisión muy importante en su vida; y que

dicha decisión, como todas las decisiones, le obligó a optar entre diversas alternativas: tuvo que rechazar unas cosas para escoger otras. Éste tipo de decisiones no pueden ser viscerales, se han de considerar reposadamente, de una manera meditada y responsable. Esta es una lección importante: hemos de aprender a tomar decisiones en conformidad a la Palabra del Señor y a su santa voluntad, para después mantenerlas.

Moisés, a los cuarenta años, tuvo que tomar varias de las decisiones más importantes de su vida. Puede ser que hubiera estado dando largas al asunto, puesto que condicionarían toda su existencia; pero ya no se podía alargar más la decisión, tenía que decidir entre integrarse plenamente al pueblo egipcio y a su casa real, o identificarse con los hebreos. La decisión que tomase sería irreversible, elegir una alternativa implicaría rechazar la otra. Tenía que decidir si se quedaba con los señores, o con los servidores; con los naturales del país, o con los extranjeros; con los que lo tenían todo, o con los que no tenían nada. En una palabra, tenía que decidir entre ser llamado hijo de la hija de Faraón, o ser maltratado con el pueblo de Dios.

La decisión de identificarse con el pueblo de Dios, le exigió, en primer lugar, rehusar la posición que recibió cuando fue salvado de morir cuando nació: ser adoptado como hijo de la hija de Faraón. Aquella posición le había permitido vivir una vida regalada, de abundancia, esplendor y riqueza. También le había permitido tener una sólida formación al más alto nivel: fue enseñado “en todas la sabiduría de los egipcios”, y llegó a ser un hombre “poderosos en sus dichos y hechos” (Hch 7:22). Ser hijo de la hija de Faraón le había permitido ser un hombre con un futuro inmejorable, un futuro que muchos desearían, y que también muchos envidiarían.

Pero, también fue una decisión difícil y triste, no solamente para Moisés, sino para la hija de Faraón, aquella mujer que Dios usó

para librar a Moisés de la muerte cuando nació, y que había cuidado de él a lo largo de los años, si aún vivía. Esa decisión haría mucho daño a aquella mujer que, seguramente, tanto había amado a aquel niño, ahora hecho todo un hombre. Seguramente no entendería la decisión, tal vez la interpretó como una falta de amor, incluso de gratitud. No fue una decisión fácil para Moisés, fue la decisión más difícil que había tenido que tomar hasta aquel momento, pues afectaba a muchos que amaba. Seguro que sus ojos se llenaron de lágrimas, pero aceptar ser hijo de la hija de Faraón implicaba rehusar al pueblo de Dios como su propio pueblo.

Él, de una manera que no conocemos, entendió que Dios le había escogido para dar salvación al pueblo de los hebreos por su mano, así lo dijo Esteban (Hch 7:25). Entonces, si decidía quedarse como hijo de la hija de Faraón, rehusaba el llamado que Dios le había hecho; y, si aceptaba el llamado de Dios, tenía que rehusar permanecer como hijo de la hija de Faraón.

Actualmente no estamos acostumbrados a tener que tomar decisiones tan radicales, buscamos la síntesis, la armonía entre los elementos “aparentemente” opuestos -decimos-. Por eso es cada vez más difícil encontrar ideologías claras, o convicciones firmes en el mundo en que vivimos. El panorama entre los cristianos no es muy diferente del que vemos a nuestro alrededor, lo que es un hecho muy grave: faltan convicciones, creencias firmes, actitudes decididas. Cada vez es más difícil encontrar hombres y mujeres dispuestos a “rehusar” cosas, para escoger hacer la voluntad de Dios.

Moisés, llamado por Dios, rehusó lo “mejor” según la apreciación humana, para no tener que rehusar el llamado de Dios. Un buen ejemplo, un santo ejemplo digno de imitar.

Por la fe, Moisés escogió...

Cuando un creyente ha de rehusar algo, no puede quedarse únicamente en el hecho de rehusar, lo debe hacer para escoger otra cosa mejor: la voluntad de Dios. Moisés hizo una elección de fe. Pero la Palabra nos dice que el rehusar y el escoger tuvo unas implicaciones muy concretas y prácticas. Es cierto que la alternativa era entre ser hijo de la hija de Faraón o aceptar el llamado de Dios de ser un instrumento para liberar el pueblo de Dios; pero la alternativa implicaba, según la revelación que recibimos por Pablo, escoger entre “ser afligido con el pueblo de Dios” o “gozar de comodidades temporales de pecado”.

¿Moisés escogió ser maltratado en lugar de disfrutar de comodidades? Parecería un contrasentido, sino fuera por las precisiones que acompañan a éstas palabras. Escogió ser maltratado, porque era la condición en que se encontraba el pueblo de Dios, y él quería formar parte del pueblo de Dios y no del pueblo de Egipto. Rehusó las comodidades porque eran las comodidades del pecado, una comodidades temporales y que nos alejan del pueblo de Dios de una manera práctica, puesto que nos alejan del mismo Dios.

Es preferible dificultades y sufrimientos formando parte del pueblo de Dios, lo que produce “un sobremanera alto y eterno peso de gloria” (2Co 4:17), que “gozar” las comodidades temporales que el pecado puede ofrecer, que llevan a la condenación eterna, o, si se es creyente, a ser salvo “así como por fuego” (1Co 3:15), sin haber edificado espiritualmente nada que permanezca.

Hemos de aprender a escoger. Frecuentemente creemos que lo hacemos, pero no es así, nos falta el rehusar. Para poder decir que sí a unas cosas, hemos de aprender a decir que no a otras: eso es escoger. Y hemos de escoger de veras, y no solamente de palabra, también con hechos. Hemos de aprender a toda elección trae consecuencias, y hemos de estar dispuestos a asumirlas. Las con-

secuencias de escoger hacer la voluntad de Dios traen, frecuentemente, sufrimientos, aflicciones y muchas dificultades, en el presente; pero nos proporcionará grandes beneficios cuando nos compadezcamos delante de la presencia de Dios. Ante la alternativa, Moisés, que era un hombre muy sabio humana y espiritualmente, decidió rehusar las comodidades temporales del pecado para sufrir con el pueblo de Dios. Era una buena decisión, la mejor decisión que podía tomar: ¡ así lo hizo.

Por la fe, Moisés tuvo por mayores riquezas el vituperio de Cristo...

Las palabras de Hebreos nos revelan un hecho misterioso presente en la decisión de Moisés: “Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo”. Esto incorpora otro elemento que estuvo presente en las reflexiones de Moisés cuando tomó la decisión de escoger la voluntad de Dios, consideró el vituperio del Mesías, ¡ eso dio una profundidad a su elección que nos es difícil de entender.

Sabemos que se le apareció el Ángel el Señor, en la llamada de fuego de una zarza, cuando hacía de pastor en el desierto de la montaña de Sinaí (Hch 7:30 comp. Éx 3:2). Sabemos que ese Ángel del Señor es una teofanía, una manifestación de Dios en el Antiguo Testamento. Cuando menos, a los ochenta años disfrutó del privilegio de tener una manifestación anticipada de Cristo; pero eso sucedió cuarenta años después de la decisión de la que estamos hablando.

Quien escribe éstas líneas no ha encontrado información precisa en la Palabra en relación a dicha afirmación, pero la personal ignorancia del que escribe estas palabras no quita autoridad a la verdad de la Palabra de Dios, al contrario, la establece.

Años más tarde Moisés, habló del Mesías como Profeta, diciendo que Dios lo levantaría y que se habían de obedecer todas las palabras que salieran de su boca (Dt 18:18-19). No dice mucho, pero evidencia que Dios le había concedido conocer algo sobre el Mesías que vendría centenares de años después.

Pablo, en Hebreos, nos revela de parte de Dios que Moisés tenía un conocimiento de este Mesías, de aquel que Dios enviaría para dar salvación eterna a su pueblo, y del cual Moisés era una ilustración. También sabía de los sufrimientos, de los vituperios que el Mesías padecería de sus enemigos por la causa de Dios, al lado de los que los suyos no se podían comparar, aunque podían ilustrar aquellos hechos futuros.

No sabemos qué y cuándo conoció y entendió Moisés en relación al vituperio del Mesías, pero fue suficiente para que lo valorada como una riqueza mayor que los tesoros de los egipcios.

¿Cómo puede ser, entonces, que teniendo nosotros un conocimiento tan amplio y detallado del vituperio de Cristo, nos sea tan difícil tomar decisiones parecidas a las que tomó Moisés en aquellas circunstancias tan especiales?

Cristo y su vituperio, su Cruz, ha de ser el centro de nuestras consideraciones si queremos vivir una vida espiritualmente victoriosa. Ha sido así en todas las épocas. Cuando Moisés tomó aquella decisión se encontraba en la dispensación de la Promesa, y tenía un conocimiento limitado, con todo Cristo y su vituperio fue el centro de su consideración y lo que condicionó su decisión. ¡Recordémoslo, creyentes del fin de la dispensación de la Gracia!

Miraba a la remuneración

Moisés es un buen ejemplo de aquel creyente que vive tocando de pies a tierra, sin ser “carnal”, y que vive con la mirada fija en los cielos, sin ser un “místico”; manteniendo así el equilibrio de una correcta espiritualidad.

Eso nos permite conocer algunas de las lecciones que Dios enseñó a Moisés a través de sus primeros cuarenta años de vida. Tuvo que aprender a valorar las cosas de una manera diferente de como le habían enseñado en la casa de Faraón y en las universidades egipcias. Era necesario considerar el presente en la perspectiva del futuro, y de un futuro en que tendría que dar cuenta a Dios de sus actos. Ésta perspectiva condicionó su presente, llevándolo a escoger aquello que se conformaba con la voluntad de Dios, y corrigiendo en su vida todo aquello que descubría que no se conformaba con ella.

Los ojos de Moisés estaban puestos en la remuneración. ¿Qué remuneración? Su responsabilidad delante del pueblo de Dios nunca fue fácil, y muchas veces fue muy criticada por el mismo pueblo. No llegó a entrar en la Tierra de la Promesa debido a su pecado, ni sus restos fueron enterrados allí, como sucedió con los de José. ¿En qué remuneración tenía puestos los ojos? No hay duda: en la recompensa celestial. Con todo, Dios le dio una recompensa terrenal que fue más allá de su vida terrenal, formar parte de aquel linaje de hombre y mujeres de fe que son presentados por Dios a la consideración de los creyentes a través de los siglos, y siéndolo de una manera destacada y repetida, igual que sucedió con Abraham.

¿Dónde tienes puesta la mirada? ¿Dónde tenemos puesta la mirada? Pablo dirá: “Puestos los ojos en el autor y consumidor de la fe, en Jesús”. ¡Así sea!

Edicions Cristianes Bibliques